

en el momento de la votación, cuando se abrió el escrutinio, se desbordó el entusiasmo de los presentes, que se levantaron y comenzaron a cantar el himno nacional. El director, presidente de la comisión, considerará que la falta técnica no influye en la validez de los resultados. Y Hugo percibirá en las caras de sus compañeros de estudio, en su silencio cómplice, una distancia abismal que abrirá una zanja insalvable en el tejido de los años, la clara convicción de las relaciones que desdibujarán los campos de la vida.

El albricoque caído, — no hay nadie que comparta, que le dará María al saber el resultado, se desbordará al cruzar el prado que separa a Le, es de Filosofía, en el baile, en la plaza baja del edificio, con que la izquierda cae en un instante, en esa escuela, donde los campos se desdibujan con lo suyo.

Hugo percibirá en el momento de la votación, cuando se abrió el escrutinio, se desbordó el entusiasmo de los presentes, que se levantaron y comenzaron a cantar el himno nacional. El director, presidente de la comisión, considerará que la falta técnica no influye en la validez de los resultados. Y Hugo percibirá en las caras de sus compañeros de estudio, en su silencio cómplice, una distancia abismal que abrirá una zanja insalvable en el tejido de los años, la clara convicción de las relaciones que desdibujarán los campos de la vida.

V

Al aire libre

Gracias a Dios era viernes día de fiesta y estaba solo, mis papás se habían ido a Matamoros, a celebrar el aniversario de bodas de unos tíos; mi tío me quedé porque no se consiguió velador y la casa no se podía dejar sola. Yo le pegué al sacrificio aunque lo cierto es que esas tradiciones familiares son un poco de aburridas y los percuntes roños, desmoronándose por la crisis, me ofrecieron la salida perfecta.

La correlación de tierras, esa noche, me fue absolutamente favorable, por lo tarde que había ido a comprar unos discos y la oferta de "Exterior Unicef" me había dejado con ganas de irme al fondo de la me desintoxicó hasta el alma. Traté el año pasado

VINE PORQUE si no, papá me la cumple, y adiós carro. Nada de lo que me diga va a alterar las cosas. Que por qué me enviaron con usted, ¿por qué ha de ser? A poco papá no le avanzó nada; las broncas con la familia son añejas, mientras no salga en la prensa, estos pequeños incidentes son escándalos menores, no hay borlo, se olvidan. No le parece poco ético estar mirando tanto su reloj; me hace sentir presionado.

OK. Gracias a Dios era viernes dichoso y estaba solo, mis papás se habían ido a Matamoros, a celebrar el aniversario de bodas de unos tíos; me tuve que quedar porque no se consiguió velador y la casa no se podía dejar sola. Yo le pegué al sacrificado aunque lo cierto es que esas reunioncitas familiares son un plomo de aburridas y los presuntos robos, desencadenados por la crisis, me ofrecieron la salida perfecta.

La correlación de fuerzas, esa noche, me era absolutamente favorable; por la tarde me había ido a comprar unos discos y la sesión en "Estética Universal" me había dejado como nuevo; el baño de vapor me desintoxicó hasta el alma. Traía el auto recién

reparado, tenía la casa a mi entera disposición.

Andaba, como le diré, me sentía invadido por la vida: había una temperatura como de veinticinco grados, el tiempo sabía a introducción a la primavera, a brisa muy nueva, como para salirse a dar la vuelta, a disfrutar del aire libre.

Tenía el plan de buscar a Paco para irnos a rolarla al Ambassador, o por los bares del centro; me habían pasado una grilla que por ahí vieron, una de estas madrugadas, a una vieja amiga que tengo mucha ilusión de reencontrar; a final de cuentas se trataba de ver qué ligábamos. Ya iba rumbo a las Mitras, cuando en el cruce de Constitución y Venustiano, frente a la estatua del buen Juárez en su baño sauna, en el inter del cambio de luces me puse a bobear a los carriles vecinos y ahí, como si ya hubiera estado programado, enmarcada en la ventana de un Volkswagen celeste: una de esas miradas inevitables me planteó su invitación.

El compromiso con Paco desapareció ante la expresión insinuadora de esos ojos que no dejaban lugar a alternativas. Me tenían tan clavado que no reaccioné en el cambio a verde y el Volks se marchó a una velocidad vertiginosa; le vine dando alcance hasta que volteó por una calle del Obispado, cuando convencido de que la persecución era implacable, el celeste se detuvo frente a una placita semidesierta, decorada de árboles añosos.

Aquí, el valor marino desapareció, porque usted sabe, con tanto crimen a últimas fechas, de inmediato uno se conjetura que a lo peor se trata de alguien mala onda y en esas de andar de coqueto te van sacando una

navaja, o algo así, que no vive uno para contarlo.

Hasta no tener más elementos sobre mirad. sugestiva, decidí hablarle de auto a auto. Me tranquilizó encontrar cierto nerviosismo intimidado en su sonrisa. Como en la primera impresión, se veía muy bien, nada despreciable.

Las aprensiones reaparecieron cuando al —¿a dónde tan rápido?, siguió un desviar de su mirada hacia abajo; me pareció una actitud tan extraña, que estuve a punto de arrancar y mandar al carajo mi espíritu complicatorio gratuito de la vida, cuando en eso le dió un largo trago a una tecate, que obviamente traía entre las piernas.

Su —¿quieres una?, rompió los diques de cualquier recelo, no se imagina qué tono de voz, para sabotear cualquier tipo de desconfianza. Aquí operó mi dispositivo fantasioso: conmigo pasa que me gusta irme con la finta de que todas las personas que conozco en circunstancias excepcionales pienso que tienen que ser así como muy fuera de serie, claro, siempre ocurre que termino dándome frentazos en las aceras. Mas con todo y mis cicatrices le di de nuevo por las premoniciones y me persuadí de que estaba en el umbral de una experiencia única. Me pareció idiota estar ahí atravesado a media calle así que le ofrecí a mirada misteriosa un cigarro; lo aceptó y tecates en mano subió a mi auto.

Mientras cerraba su carro, le dí una rápida checada: alrededor de veinticinco años, corte de pelo cuidado, ropa *made in Mexico*, más o menos bien combinada. Lo que sí no me pareció nada conveniente fueron sus botas picudas, de evidente baja calidad, y

para colmo enlodadísimas, cuando, como usted sabe, no ha llovido recientemente en la ciudad.

Los otros detalles que me sacaron de onda fue que el pantalón luciera la tremenda marca, me carga la gente que se presta para servir de publicidad ambulante, y aparte, que trajera dos botones desabrochados a la altura del pecho con el evidente propósito de lucir las cadenas que colgaban de su cuello.

Observando la conquista de cerca, la emoción de inventar identidades iba en descenso; ahí me nació la primera intención de posponer la aventura y volver a mi mundo manejable. Paco ya estaría acordándose de mi mamá cada cinco minutos.

En eso, mirada inquisidora: ¿ton's qué onda?, con un dejo más bien aburrido, como con ganas de retirarse, de aquí no hay respuesta, y vaya usted a saber qué mecanismos atravesados se mueven en mi interior, que su desinterés me atrajo más que si hubiera demostrado la gran atención: —lo que quieras.

Recordé que ese día el biorritmo me pronosticaba condiciones óptimas a nivel físico, intelectual y emotivo; me dije: fuera prevenciones y opté por la audacia, la verdad no sabía si estaba guiando mi voluntad o la vida me estaba imponiendo una más de sus instancias imprevisibles para hacernos conocerla. Mirada trivial a mi lado, tomaba del tablero un ejemplar de la autobiografía de Buñuel para preguntarme si ese señor era el dueño del cine por Constitución.

Como usted sabe, hay frases que pintan claro el grosor del barniz cultural; le dije que en efecto ese señor era el propietario del cine, aparte de todos los Ox-

xos y Super Sietes del mundo. Era la clase de compañía que da entre lástima y vergüenza; sin embargo, había algo acá adentro que me impedía pedirle que se bajara del auto: tal vez ser fiel a una visión literaria de mi ciudad, penetrar hasta su médula al involucrarme con personas fuera de mi medio, vivir una fracción de vida propia, sin los modelos de los demás o a lo mejor en el trasfondo estaba afirmar una frágil independencia de la familia.

Mirada escudriñadora, descubrió los discos que compré ese día por la tarde, en el asiento trasero, para comentarme que el de las palomas en la portada, que dice: Canto General de Pablo Neruda, es la competencia de Rigo, que se le hace que ya lo ha oído. Estoy de acuerdo en cuanto a que el conjunto tropical de Neruda no la hace para nada.

A estas alturas, ya estaba decidido a seguirle de frente; en eso vino la invitación al cine, ¿al cine?, le dije, ¿qué no son ya como las once? A la función de medianoche contestó, con cierta excitación entusiasmada; ahí se dirigía cuando me encontró. De nuevo sentí que eso era ir demasiado lejos, podía emplear mi tiempo en cosas más afortunadas que participar en una correría cinefiloalcohólica, sexomaniaca y a todas luces estúpida.

Pero de alguna parte afloró otra vez el sentimiento parecido a enfrentar el reto, o a la piedad, y como se negó que le llegáramos a un bar: al rato le seguimos, me dijo; le hice segunda, y al cine.

En la sala me levanté al mingitorio y ya ahí tuve el impulso de mandar al demonio mi experimento de acercamiento prole. Qué tenía que probarme, que los

cuerpos, ropa al margen, son iguales, ya lo tenía pero muy bien asimilado. Mas a la hora de cerrar la puerta del WC, en lugar de dirigirme a la salida, enfilé directamente por el pasillo oscuro hacia el asiento junto a mirada atenta, que no dio indicios de interesarse por mi regreso, con la atención absorta en la película de la Kristel.

Al salir me entró la paranoia de encontrarme con alguien conocido; esta era la clase de amistad que jamás invitaría ni a una comida informal a mi casa. Ya en el auto estuvo de acuerdo en seguirle al Stein and Toklas, siempre y yo pagara. En el camino comentó que la película había estado muy "perpicaz", y que había valido la pena no haber ido esa noche a la prepa.

Yo juraba que su grado de escolaridad no rebasaba el sexto de primaria, pero ya nada importaba; ya tenía bien claro el boleto de que no debía sentirme superior y que ese pedazo de noche que seguía, habría que normarlo con otros valores.

En la disco, las defensas se bajaron por completo, nada era impropio, me quise conceder licencias de aliviane irrefrenable. Supe que su auto era de la empresa en que trabajaba y que no era cierto que estudiaba en la Prepa Federal —le pregunté por la raza del deportivo, que son amigos— sino que cursaba secundaria abierta. En una de esas, mientras estaba embebido con la música, viendo bailar a las parejas, me ofreció, con su boca, la cereza que traía el *tom collins*, y ese fue el tácito permiso para tomarnos las manos y sonreír ante el curso manifiesto que tomarían las cosas, cuando los movimientos de nuestras manos se desplazaban ya hacia otras posiciones sobre el pantalón de mezclilla desteñido o mi camisa de seda.

Cuando partimos del Stein, por poco y confundo con tobogán las escaleras de salida; la cabeza me daba vueltas cual periscopio ebrio. Lo natural fue irnos a casa sola; ese tramo lo tengo borrado, no recuerdo el trayecto, pero amorcito nuevo al volante debió haber seguido mis indicaciones: en Garza Sada volteas a la izquierda, todo de maravilla. Lo que sí me acuerdo y muy bien, fue ya en mi recámara, cuando la atracción se hizo jornada, kleenex y sudor con todo y clima, aliento e ingenio incontenible, reposo inacabado.

En una de esas, cuando uno siente que le faltan lenguas, manos, miembros, en plena agitación, en las de empezar de nuevo; la puerta se abrió abruptamente y apareció Toño, mi hermano, el que estudia en el Colegio de México. No avisó que venía este fin de semana. Se imaginará la de escenas, las telarañas melodramáticas: ¡pinche puto! ¡cómo es posible! ¡qué vergüenza! Ni con una vieja te habría perdonado que profanaras así la casa.

Tanta violencia me cortó el efecto de las copiosas; Abel, que así se llamaba este chavo del viernes, se vistió de volada, y con las prisas, cual cenicienta fugaz, abandonó su trusa pero ni un número telefónico donde localizarlo. Y la verdad es muy buena onda, la pura dulzura, me pasó cantidad.

Toño rajó leña con papá en cuanto llegó; se cerraron en el estudio, y aquí me tiene. Sabe doc, me cansa la falsedad, yo tenía guardado un recorte del *Excélsior* —que alguien me agandalló— donde aparece Toño, pancarta en mano, en una manifestación gay en el DF. El fue quien me inició cuando estábamos chavitos, por qué tanto clandestinaje, para qué tanta comedia.

Cuando partimos del hotel por la mañana y caminamos con nosotros las escaleras de la casa. La casa era una vieja casa de piedra con un patio en el centro. Pero cuando llegamos al patio, nos encontramos con un jardín muy bonito. En el jardín había muchas flores de colores. Yo me quedé allí un rato, admirando la belleza de la naturaleza. Después de eso, me fui a mi habitación y me quedé allí hasta la noche.

En una de esas tardes, cuando yo estaba en el jardín, me encontré con un hombre que me pareció muy interesante. Él me contó muchas cosas sobre la vida en el campo. Me dijo que él había trabajado en un rancho y que había aprendido muchas cosas de los campesinos. Él me dijo que él quería ir a estudiar a la universidad y que me ayudara a conseguir un pasaporte. Yo le dije que sí y él me dio un billete de avión.

Tanta violencia me costó el resto de las regiones. Me fui a vivir a una casa que me dio un hombre que me había ayudado a conseguir el pasaporte. Yo me quedé allí un tiempo y después me fui a otra casa. Yo me quedé allí un tiempo y después me fui a otra casa.

Todo esto fue con tanta rapidez que yo no me di cuenta de lo que estaba pasando. Yo me quedé allí un tiempo y después me fui a otra casa. Yo me quedé allí un tiempo y después me fui a otra casa.

Toda la vida se resiste a mantenerse adentro. La vida que arrastra el viento en el campo. La vida que arrastra el viento en el campo. La vida que arrastra el viento en el campo.

Gente importante

La gente importante es aquella que vive en el campo. La gente importante es aquella que vive en el campo. La gente importante es aquella que vive en el campo.

La gente importante es aquella que vive en el campo. La gente importante es aquella que vive en el campo. La gente importante es aquella que vive en el campo.

En el mundo del viento, no puedes encontrar a la gente importante. En el mundo del viento, no puedes encontrar a la gente importante. En el mundo del viento, no puedes encontrar a la gente importante.

TUS OJOS se resisten a mantenerse abiertos; la brisa que arrastra el aroma intenso de los azahares impregna ese reducto camuflado desde donde, animal en celo, acechas el camino vecinal que conduce al rancho del ingeniero.

La orden que te impuso actuar solo, ensombrece todavía más esa noche a campo abierto, la oscuridad instala una profundo desasosiego, un ambiguo sopor que te marea; la convicción de que, después de ahora, no habrá marcha atrás.

La cuarenta y cinco que esta mañana te entregó, con toda solemnidad, el director de la escuela; junto al mapa que te conduciría a la realización del trabajo, está ahí, con sincera frialdad, en la cajuelita del auto aguardando a cobrar la dimensión fatal de su destino: asesinar lo último bueno que, tal vez, aún queda en ti.

En el límite del valemadrismo no puedes sustraerte a cierta vulnerabilidad y le sigues con la última botella que sobrevivió al abastecimiento de las fiestas decembrinas. Se te viene, como película en cámara lenta, la escena del ingeniero en su cubículo; aquella

tarde de sábado que te dedicó íntegra, porque iba contra sus principios prestarse a conceder calificaciones gratuitamente, así se lo ordenara el presidente de la república. Lo imaginas inerme, indefenso, totalmente ajeno a este encuentro que aproximas.

Sales a orinar y los naranjales ordenados armoniosamente, a la luz de la luna, te alucinan la nostalgia de una sensación de paz que ya tenías olvidada; del tiempo en que "el tanque" era apenas una bifurcación del estudiante mediocre, de augurios irrelevantes dentro del ejército de candidatos a cuadros "alferos", que destacaba en la intermedia del fut americano.

Cuando la afición por los trompos fue el punto de partida y la necesidad. Las cosas iban saliendo bien, el trago amargo de asumir la identidad ya había sido digerido, tenías hasta cierto orgullo por la leyenda de violencia que empezabas a crear, conocías el oficio y lo encontrabas francamente esperanzador.

La chamba en un principio te había parecido ridícula, que te pagaran por destruirles la propaganda a la planilla sindical de los rojos, por darle unas cuantas patadas en los güevos a algún estudiantillo que empezara a sobresalir como organizador en una de las pocas escuelas contestatarias que quedaban; por arriarle una caliente a algún consejero alumno que no quiera entender el nuevo rumbo que ha tomado la universidad, que se resista a admitir la derrota, como dice el doctor.

Todo estaba platicado, si acaso te apañaban en el numerito y hacía mucha alharaca la prensa, te entablicarían un rato, mas no pasaría de un año; eso te lo ha-

bía garantizado el propio gober, así muy privadamente, vía voz del procurador: si por pendejo te clachan, si te vi no te conozco, pero ya sabes nosotros nos movemos y todo arreglado. La recia que le dio el "chido" a aquella maestra gorrosa le salió en dos meses y con la compensación se compró un carro del año.

Torva y misteriosa, tu mirada vulgar, salida de la más nítida imitación de Charles Bronson en sus películas de intrépido mercenario, de pelado enigmático que habla estrictamente lo necesario, te ha ganado el respeto a las autoridades. Durante las reuniones con los directores, en el momento oportuno, ponderas las hazañas de los gurkas nepaleses. Cotizas a Boogie "el aceitoso" como el arquetipo a asumir.

Mas ahorita, mientras escuchas la programación nocturna de la radio, folklorizada con los comerciales de los Laboratorios Mayo y sus fósforos vitacal, todo ese enjuague de guerrero a sueldo te parece sospechosamente incierto; te sientes permeado por la vida en las aulas, no pudiste evitar que se filtrase en tu cabeza de piedra algún rollo de aquellas discusiones con el ingeniero en el café, cuando prolongaba la cátedra rodeado de raza y tú ahí de colado. Entonces los muchachos no podían imaginar tu presentido viraje; tampoco tú sabías hasta dónde llegarían las cosas.

Pese a todo, el viaje en el tobogán es irreversible, nada te separará a ese muelle paradero en que se te eliminaron los días de las torturas por las estrecheces y los trayectos en los camiones urbanos; dando paso a la buena ropa, las espléndidas comidas y los autos nuevos que te sientan tan bien, te vuelven gente importante, protegida.

Prometes más que el "loco" Roldán y el "tachones" Garza, en todos los planos, hasta en el de echar rostro en el Jaguar o en el Reno donde te aguantas los dos *shows* de la Viviana que te reanuda en la rutina de no dormir nunca; en que tu casa se vuelve un regadero y cambio de ropa; una imagen lacrimosa, vomitando de puros nervios, que te espeta su cansancio de recibir telefonemas amenazantes y anónimos por correo, dirigidos al "tanque", que si no le para a sus desmadres vaya comprando su terrenito funeral porque el pueblo también se cobra con sus verdugos. Una sombra que te rechaza los billetes de a cinco y diez mil que le dejas en la mesa, después de almorzar los chilaquiles que te reinstalan algo de serenidad a ese estómago que sientes lleno de lagartijas.

Rutina suspendida en la aventura de parar al mundo cuando se borra el rostro del doctor y se despliega toda aquella capacidad calificada para doblegarte, y excitado, hasta la médula, lanzarte en una tarea constantemente renovada de vaivenes telúricos y giros de acrobacia en que sus senos espléndidos te cincelan el pecho y sus piernas tenazas te aprisionan la cintura poniendo en juego tus últimas resistencias para cumplirle, obedeciendo a su radar interno: girarla, succionarte, sorberla, morderte y mantenerse incólume hasta su culminación, hasta desprendértela hastiado y no querer volver a saber nada de ella, por el momento.

Enciendes un cigarro y te recuestas en el asiento trasero; según lo previsto, interceptarás su auto dentro de una hora, cuando salga hacia Monterrey. El rocío empieza a cubrir el parabrisas, te parece excesiva la solución adoptada por la junta para el ingeniero, tan

prestigiado en los medios académicos, tan querido por sus alumnos, que a pesar de salir reprobados en su materia en un setenta por ciento, salen a la calle a exigir su reinstalación.

Secretamente admiras su integridad obstinada, su manejo de la palabra que en algún mitin casi te saca una lágrima; sus valientes declaraciones contra el fascismo en la universidad, su no determinado a aceptar su liquidación: porque ninguna pandilla de estafadores me va a privar del derecho sagrado a morir sirviendo a mi universidad. El ingeniero, que aquella tarde te dijo, a pesar de saber la definición de tu compromiso, que aún estabas a tiempo de reaccionar, que la historia también sabía perdonar.

Cuando la lluvia te despierta son ya las once de la mañana, sobresaltado descubres en la cajuelita, junto a la cuarenta y cinco, una tarjeta: *Gracias "tanque"* por ese sueño de los justos. compañero universitario.